

Treinta ejercicios de memoria

A treinta años del golpe

El proyecto «**A 30 años del golpe**» está integrado por:
María Celeste Adamoli, Estanislao Antelo, Jordana Blejmar, Mabel Fernández , Andrea Graciano, Lucía Litichever, Ana Longoni, Federico Lorenz, Pablo Luzuriaga, José Luis Meirás, Roberto Pittaluga, Eduardo Tonioli, Javier Trímboli.

Equipo de producción de este volumen:

M.C. Adamoli, J. Blejmar, A. Longoni, P. Luzuriaga,
J. L. Meirás, J. Trímboli.

Diseño y producción visual:

Ana Efron, Sergio Massun, José Luis Meirás.

ISBN

Primera Edición: febrero de 2006

© 2006. Ministerio de Educación, Ciencia y
Tecnología de la Nación Argentina

Impreso en Argentina.

Publicación de distribución gratuita.

Prohibida su venta. Se permite la reproducción de
todo o parte de este libro con expresa mención de la
fuente y autores.





02.

«DNI»

Miguel Vitagliano

En julio de 1977 cumplí dieciséis años pero dejé pasar unos meses antes de iniciar los trámites para obtener mi DNI. La demora obedecía a un compromiso con un amigo: nos habíamos propuesto tener números consecutivos en nuestros documentos. Como si fuera poco, llegado el día nos cortamos el pelo de igual manera y posamos para la foto con camisas idénticas, la misma corbata y el mismo saco. No recuerdo haber pensado algo especial para ese gesto, aunque creo que el hecho hablaba por sí solo: quería escribir una marca personal en el librito del DNI que se imponía como un todo ya finiquitado.

La foto siguió recordándome aquel día mucho tiempo después, cuando ya había llenado una página de la sección «cambios de domicilio» y mis amigos no eran los mismos. En realidad, todo había cambiado a mi alrededor en el '82, menos el DNI que, aunque un poco ajado y con la tapa deshinchada, seguía siendo igual a sí mismo. Era lo único invariable, y el único objeto que me había acompañado todos los días, minuto a minuto. Ni mi reloj era el que había sido, tampoco mis zapatillas rojas ni mi morral; en cambio el DNI insistía con su presencia obligatoria, siempre debía estar conmigo. Lo tanteaba en el bolsillo antes

de salir de mi casa para asegurarme que estaba allí. Porque la policía podía exigírmelo en la calle, o un retén militar mientras viajaba en colectivo, o en el cine —como me había sucedido ya una vez— en plena función cuando, de golpe, las luces se encendieron y los soldados aparecieron apostados junto a las butacas. En cada uno de esos casos no hacía más que entregar mi DNI y poner «cara de nada», lo mejor que podía. Una cara en la que nadie pudiera leer lo que pensaba, una cara en la que deseaba no ser yo el yo que buscaban, o el que hacían que buscaban. ¿Todavía me parecería a la foto? ¿El de la foto se parecía a mí? ¿Habría algún yo parecido al yo de la foto?

El pánico de esos momentos sólo fue comparable al orgullo de ver estampado el sello por mi primer voto en octubre del 83. La misma sensación experimenté al año siguiente con el sello que confirmaba mi participación en la consulta popular por el litigio limítrofe con Chile, y meses después con el registro de mi voto ante las elecciones de legisladores. Contemplaba las páginas finales de mi DNI y estaba convencido que en cada uno de los sellos estaba yo, no un yo detenido sino en movimiento, libre, cambiante en cada voto. Podía recorrer los últimos años

de mi vida en cada voto, aquello que había creído y ya no creía, lo que nunca había creído, y lo que nunca quería dejar de creer. Por eso vacilé poco en el 87, en el momento de iniciar la renovación de mi DNI (me resisto a llamarlo un «duplicado»), y arranqué la página con mis votos para guardármela. Apenas si volví a mirar aquella foto de los dieciséis que había pasado lluvias, pascuas y primaveras, sólo tuve atención para esa página incompleta que habría de continuarse en el nuevo DNI.

Como suele suceder en estos casos, terminé por guardarla tan bien que no la volví a encontrar. No me preocupa, pienso que lo peor sería tener la necesidad de buscarla. ■